

UNA FALSA PROFECÍA: LA MUERTE DE LOS  
INTELECTUALES

*Sergio Micco Aguayo*

## SERGIO MICCO AGUAYO

Es abogado de la Universidad de Concepción y Magíster en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor en Filosofía de la Universidad de Chile y Profesor del Instituto de Asuntos Públicos del mismo plantel. Coordinador del Magíster en Ciencia Política y coordinador de Humanidades de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile. Es consejero del Instituto Nacional de Derechos Humanos.

## UNA FALSA PROFECÍA: LA MUERTE DE LOS INTELECTUALES

Hay veces que añoramos esos intelectuales públicos que hablaban a la comunidad y esta los escuchaba respetuosa. Se trataba de espíritus, considerados por muchos como formidables, que, sobre todo desde las universidades, eran parte de una “conciencia crítica” de la sociedad. Pero otras veces nos sentimos aliviados por no contar con inteligencias de otrora, a ratos bastante mediocres, que se ponían al servicio partisano de funestas ideologías. En consecuencia, de ser efectiva la muerte de los intelectuales públicos, la valoración de esta pérdida sería, a lo menos, debatible. El presente artículo trata acerca del papel de los intelectuales en la esfera pública. Afirma su deber cívico condenando la indiferencia de la inteligencia ante las angustias de sus comunidades y a la vez exige lealtad para con su talante espiritual. Los intelectuales pueden y deben agregar, no sustituir, a la cultura ciudadana vulgar, un espíritu ilustrado, crítico, veraz, independiente, comprometido y responsable<sup>1</sup>. Esta tarea supone definirlos, caracterizarlos y clasificarlos. Luego se criticarán algunas razones que se usan para condenar el ingreso de los intelectuales en la esfera pública. Nos centraremos en las siguientes: la política centrada en el poder y la dominación son incompatibles con la serena búsqueda de la verdad mediante el libre discurrir de la razón; la ciencia es objetiva y neutral, la política es parcial e interesada; y, finalmente, en tiempos que afirmamos que toda verdad es relativa, no se ve qué aporte cognitivo especial podrían hacer los intelectuales respecto de los ciudadanos de a pie. Pongámonos en marcha.

### I. ¿QUIÉNES SON LOS INTELECTUALES?

Norberto Bobbio nos advierte que no debemos hacer falsas generalizaciones acerca de los intelectuales. Se escapa de todo buen razonamiento el que no define qué es un intelectual y qué tipos de ellos hay (Bobbio, *La duda y la elección*: 15 - 16). Si no realizamos estas tareas indispensables de análisis semántico caeremos ciertamente en falacias que nublarán completamente el pensamiento, que debe ser, a lo menos,

---

1. En el libro *La política sin los intelectuales* he descrito largamente lo que entiendo por espíritu intelectual crítico, veraz, cívico, comprometido, independiente y responsable (Micco, 2014).

ilustrado y crítico. Esto es especialmente relevante cuando se trata de intelectuales que escriben sobre intelectuales. Bobbio entiende por intelectuales al “grupo más o menos amplio de individuos que ejercen el poder espiritual o ideológico contrapuesto al poder temporal o político (Fernández, 433). Intelectuales son los que viven de y para las ideas. Su tarea es “agitar ideas, resaltar problemas, elaborar programas o solamente teorías generales; la tarea del político es tomar decisiones” (Fernández, 464). Por otro lado, el filósofo italiano distingue entre intelectuales que aportan a la acción política “principios”, “valores”, “idealismos” o “visiones del mundo” de aquellos que generan y transmiten conocimientos científicos y técnicos necesarios para alcanzar los fines establecidos (Fernández, 432). Unos estarían más preocupados de los fines, los segundos de los medios. Como se ve, Norberto Bobbio define a los intelectuales más bien desde la función que desempeñan en la sociedad. ¿Podemos caracterizarlos a partir de sus capacidades y habilidades? Lewis Coser y Francois Bourricaud lo hicieron.

Lewis Coser señala que los intelectuales poseen determinadas capacidades mentales para conocer y explicar el mundo y las vías de acción para hacerlo más humano. Ellos tienen determinadas habilidades que les permiten, por medio de sus mentes, bocas y manos, describir, explicar e incidir sobre el espacio de lo simbólico, como es el terreno de las artes y de la estética, ciencia e ideología, filosofía y religión. Francois Bourricaud, por otra parte, afirma que los intelectuales son quienes poseen determinados conocimientos acreditados mediante un título profesional y que tienen habilidades de expresión lingüísticas, lógicas y/o estéticas que los hacen distintos. Se trata, en suma, de personas que poseen una especial capacidad cognitiva para describir y explicar el mundo, gran competencia comunicacional usando palabras, imágenes y símbolos que emiten, reciben y retransmiten a toda la sociedad en la cual están, en la generalidad de los casos, profunda y centralmente insertos. ¿Qué papel han jugado los intelectuales en la política?

Se me ha pedido que analice un tipo especial de intelectuales: los públicos. Este es un término que nos remite a una dualidad con lo privado que es descriptiva y notablemente política, a lo menos desde los tiempos de la república romana. Así, Bobbio nos recuerda que para los juristas romanos el derecho público trata del mundo del Estado y el privado de las relaciones de los individuos (Bobbio, *Estado, gobierno y sociedad*: 11-38). El Estado sería el mundo de la jerarquía que separa gobernantes y gobernados, regidos por la ley de la justicia distributiva que otorga a cada uno según su mérito o necesidad. Lo privado es el mundo de los iguales, unidos por los contratos, regulados por la justicia conmutativa que garantiza que los intercambios sean de igual valor. Por cierto la polémica se enciende cuando afirmamos que lo público supera lo estatal designando el interés general y lo privado el particular. Vistas así las cosas, el primero debiera primar sobre el privado cuando

nos gobiernan ideas que están orientadas al bien común, al interés de todos y que tienden a poner el acento en los deberes y responsabilidades de los ciudadanos. Por el contrario, si vivimos en tiempos en que gobiernan ideas centradas en las libertades individuales, lo privado debiera ser lo valorado. El liberalismo, incluso el de carácter más social, edifica sus razonamientos en torno a la dignidad, libertad, derechos, autonomía e intimidad del individuo. Hoy por hoy esta es la corriente hegemónica entre nosotros, por lo que no nos debe extrañar el desinterés o la resistencia, muy justificados a veces, de ingresar en la esfera pública.

A partir de Hannah Arendt y especialmente en su obra *La Condición Humana*, podemos deducir que público es aquel lugar del mundo que es de todos, visto por todos y ejercido por todos. El espacio público es ámbito del hablar y actuar en común. En él rige la libertad y la igualdad y su tarea es crear y mantener nuestra vida en común. Es público porque todo lo que aparece en él puede ser visto y oído y tiene la más amplia publicidad posible. El espacio público significa que es de todos. Es nuestro propio mundo en cuanto es común a todos nosotros y diferenciado de nuestro hogar o de nuestro trabajo. Se trata de un mundo común caracterizado por la permanencia, es decir, por trascender la vida individual de cada ser humano. Es el mundo al que entramos al nacer y que nos sobrevivirá al morir. Estaba allí antes que naciéramos y quedará ahí cuando lo dejemos al morir. Es una cierta forma de inmortalidad terrenal humana. Se trataría entonces de la res pública, la cosa pública del mundo común, no solo porque es generada por el pueblo, sino porque es controlada por la opinión pública. Se trataría del mundo común que nos une, que nos da la oportunidad de realizar algo más permanente que la propia vida personal (Arendt, *Condición Humana*: 59-67).

Vistas así las cosas, pareciera ser que por definición un intelectual perteneciente a una universidad estatal debiera ser público. En efecto, estas son o debieran ser financiadas por el Estado, están sometidas a la máxima publicidad posible y su misión es justamente servir a Chile y a su pueblo. Sin embargo, se trata esta de una definición que no reina ni gobierna en los tiempos que vivimos. Ello, por distintas razones. Presentémoslas y sometámoslas a crítica.

## II. LA MUERTE DE LOS INTELECTUALES: RAZONES Y SINRAZONES

Hay quienes están en contra de definir a todo universitario como un intelectual público. Razones no les faltan. La primera reflexión dice que aún si fuese posible la existencia de intelectuales públicos, esta debe ser éticamente rechazada. ¿Por qué? Porque el “intelectual comprometido” tiene que traicionar su vocación –buscar la verdad por medio de los caminos de la razón– al ingresar a la arena política. Esta

última consiste en vencer en la lucha por el Estado, que no es otra cosa que una asociación política que tiene el monopolio de la fuerza física legítima. Un segundo tipo de juicios que condenan por inconveniente la existencia de intelectuales públicos consiste en afirmar que la especialización, objetividad y neutralidad de la ciencia excluyen todo aporte público de la inteligencia universitaria. En la esfera pública rigen los juicios de valor, las pasiones desatadas y los intereses descarnados. No es buen lugar para expresar ideas científicas, de por sí bastante abstrusas y frías. La tercera razón parte de la base contraria de la anterior, pero saca la misma conclusión. La ciencia no es otra cosa que una forma de razonar propia del mundo occidental de los últimos tres o cuatro siglos. Sus verdades son transitorias, pues el ser humano es finito y limitado: todo saber está además determinado por valores culturales locales, intereses de todo tipo; no hay “una verdad”. Luego, al no existir “la verdad”, todo aporte intelectual no sería otra cosa que una opinión más en la esfera de lo público. Peor aún, bien podría surgir la opresión de los que saben contra los que no saben.

Pasemos a someter a críticas estas argumentaciones contrarias a la publicidad del intelecto, entrando así al corazón de este artículo.

## **1. La política es dominación violenta y la labor intelectual pacífica y razonada**

Norberto Bobbio, un intelectual y militante toda una vida, a ratos dudó, y mucho, de si ambas características era conciliables. Bobbio era un filósofo que conocía muy bien las limitaciones de la ciencia. Ese no era su problema. Su complicación residía en que la ciencia y la política tenían objetivos y medios que fácilmente entraban en colisión. Como hombre del espíritu, guiado por la búsqueda de la verdad a través de los caminos del diálogo racional, razonable y pacífico, muchas veces se enfrentó a las exigencias inescapable de la política. Esta consistiría en la búsqueda del poder —no de la verdad— por medio de la lucha por la dirección o por la influencia en la dirección del Estado. Ahora bien, la política se distinguiría por su método: el poder violento o coactivo para obtener la obediencia a las leyes (Fernández 449). Polémicamente podríamos decir que el filósofo enfrentado al dilema verdad o poder debiera optar por la verdad y desechar el poder político. Ello lo hace un no político, un anti político. Desde esta perspectiva no es raro que los intelectuales que abrazaron la revolución o la contrarrevolución hayan terminado justificando lo peor de la violencia. Simplemente pagaron el tributo que les exigió su ingreso en la arena política. El razonamiento que hace del intelecto y lo político actividades antagónicas aparece imbatible. Sin embargo, ello supone que aceptemos la homologación de la política con la dominación violenta. Hannah Arendt no lo creía así.

Hannah Arendt, al enfrentarse al terror total de los campos de concentración y de la propaganda totalitaria, atacó muy durante lo que llamó el nefasto consenso de derechas e izquierdas: identificar política con violencia. Para ella ambos términos eran antitéticos (Arendt, *¿Qué es la política?* 132). La política, al contrario de la violencia, es aquel proceso a través del cual hombres y mujeres, con los más diversos intereses e ideas, convergen en el espacio público para pactar pacíficamente la mejor forma de vivir en común. Quien actúa hace política y la acción está conformada por palabras y actos, no fuerza ni terrores mudos. En el espacio público surge del *logos*, razón y discurso. Ahí se genera poder cooperativo, discurso y acción concertadas. No hay dominación ni violencia, legítima o ilegítima. Surge un poder legítimo cuya fuente deriva de la reunión con los congéneres, actuar en concierto y realizar empresas nuevas (Arendt, *Crisis de la república*, 73). Se trata entonces de un pacto social horizontal entre los ciudadanos, y no vertical, entre los gobernantes y los gobernados (Arendt, *Crisis de la república*, 143). El conflicto es superado mediante la persuasión. En el espacio público, que es de todos y visto por todos, cada ciudadano es libre e igual. Libre pues participa en una comunidad que se autogobierna. Igual porque todos tienen el mismo derecho a voz y voto, gozando todos de la igualdad ante la ley (Arendt, *Condición Humana*: 43-45). Por ello reflexionó y promovió una federación árabe-judía, los consejos obreros y las formas participativas y deliberativas de acción (Arendt, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*: 90-106). En suma, nada más lejos de Norberto Bobbio cuando afirma “que el medio del que se sirve el poder político, si bien en última instancia, a diferencia del económico y del ideológico, es la fuerza” (Fernández, 139). Por el contrario, para Arendt hablar de violencia política era una contradicción en los términos. Con esta conceptualización de la política es obvio que surge una nueva forma de ver la relación entre política e intelecto.

La política tiene por medios específicos no la fuerza que la acerca en extremo a la guerra, sino que la persuasión, el consenso, la deliberación, el discurso y la acción en la arena de lo público, de lo libre y de lo igual. Así entendida es obvio que el rol de los intelectuales pasa a ser preponderante. La política es poder, es decir, capacidad de un sujeto de influir, condicionar y determinar el comportamiento de otro individuo. Si la política se basa en el diálogo y en el acuerdo, en la deliberación y en la construcción de mayorías con poder, las confluencias entre filosofía, inteligencia, saber y política se hacen no solo posibles sino que necesarias, urgentes e imperativas. Ahora, en el centro de la política está el diálogo y el acuerdo racional, no la fuerza ni la violencia. Y, de más está recordarlo, el método por excelencia del intelectual es buscar el encuentro entre dos *logos*, dialogando. Contra al diálogo están el fanatismo, el dogmatismo y el indiferentismo. (Bobbio, *Fanatismo*, 666). Fanatismo y dogmatismo son actitudes psicológicas y epistemológicas contrarias al

verdadero intelectual. La razón supone la libre confrontación de ideas, la apertura al otro y a su verdad, la posibilidad del diálogo y, en último término, de la comunicación y la comunidad (MacIntyre, 40). Todo lo dicho es especialmente para aquellos intelectuales que aportan a la acción política “principios”, “valores”, “idealismos” o “visiones del mundo”. Un ideal normativo a seguir y un horizonte de sentido a perseguir son elementos esenciales de la acción. Para persuadir y no imponer, la calidad y emotividad de los ideales pasan a ser centrales. Y eso lo aportan de manera superlativa los intelectuales.

## **2. La ciencia es neutral y objetiva, la política valorativa y parcial**

Todo científico sabe que su ética le exige aplicar la objetividad y neutralidad valorativa al describir, explicar y eventualmente predecir lo que ocurre en la realidad. Esto debe tener rigurosamente presente el científico social o humanista. Así lo entendió uno de sus más grandes promotores durante el siglo XX: Max Weber (Fernández, 91). Este gigante de las ciencias sociales sostuvo que “no se puede esperar de la ciencia ninguna respuesta acerca del sentido de la vida y los valores” (Weber, 124). Para el sociólogo alemán hay que distinguir entre el conocer y el emitir un juicio. Hay que irse a la verdad de los hechos, independientemente de si los alabamos o condenamos. En este sentido, pareciera ser que cuando un intelectual empieza, desde sus especiales conocimientos, a hacer juicios políticos, estaría faltando gravemente a su deber ético como científico. Especialmente el científico debe aceptar la afirmación de que la política no tiene cabida en el aula. No debe tomar partido ni promover una visión de las cosas. Hacer lo contrario es “sacrilegio” (Weber, 212). Sin embargo, el propio Max Weber no fue fiel a este dictado, tanto en su obra como en su vida. Por ello, como siempre hay que precisar, distinguir y matizar.

En la obra weberiana encontramos una clara intención de objetividad que no puede ocultar principios o valores que están implícitos en ella. Por ejemplo, sus escritos acerca de la ética protestante y el espíritu del capitalismo se basarían en una concepción filosófica y sociológica contraria al materialismo marxista; sus estudios constitucionales claramente tienen por eje la estabilidad y el orden político; su concepción ética de la vida y de la política está profundamente condicionada por Friedrich Nietzsche. Además, el propio Max Weber reconoció que los problemas sociales a investigar deben seleccionarse por su relevancia valorativa. Es decir, el cientista social elige su tema a investigar usando un juicio de valor, muchas veces guiado por los apremios de su comunidad o las exigencias éticas del momento. Por ello una cosa es la relevancia valorativa y otra un juicio de valor. Además, Max Weber estaba muy consciente de que los conceptos a utilizar eran objetivamente hijos del tiempo y del espacio cultural del que se habían nutrido. De esta verdad

el propio Weber es un buen exponente (Giddens, 91). Además, toda ciencia es contingente y sus verdades, provisorias. Es decir, ningún juicio que se haga, de hecho o axiológico, es inapelable. La misma neutralidad y libertad científica suponen tales juicios. Así, algunos han sostenido que Weber, al defender la valorativa de las ciencias, no hizo otra cosa que proteger la libertad de cátedra contra toda intrusión ideológica, política, militar o económica. Su vida misma demuestra cómo hizo uso del aula, una y mil veces, para enfrentar los más angustiosos momentos que vivió Alemania en la Gran Guerra. Sus candidaturas parlamentarias, su rol en comisiones constituyentes y en la Conferencia de Versalles hacen imposible existencialmente la férrea distinción entre el político y el científico. Todo lo dicho no significa que el intelectual pueda afirmar cualquier cosa en el espacio público. Veamos por qué.

Una cosa es la exposición pública del intelectual en cuanto intelectual y otra su ingreso al debate público como ciudadano. En el primer caso, todos sus juicios empíricos y normativos deben ser lo más estrictamente apegados con las teorías normativas y empíricas que su saber ha afirmado. Otra cosa es que en cuanto ciudadano emita juicios o promueva acciones donde entran a tallar, legítimamente, intereses estratégicos, ideales políticos o pasiones de todo tipo. Me explico: un economista bien puede afirmar que el estado actual de su ciencia sostiene tal o cual cosa sobre los efectos de un alza de impuestos, le guste o no. Otra cosa es que señale que por tales y cuales consideraciones prudenciales, políticas o ideológicas él apoya tal o cual política económica. Lo central, éticamente hablando, tanto como científico o como ciudadano, debe ser lo más honesto posible desde un punto de vista intelectual. No puede afirmar, a sabiendas, hechos que no existen o leyes o teorías que hayan sido desechadas. La distinción entre el intelectual y el político es difícil y algunos dirían que es imposible, pero siempre y en todo lugar el intelectual puede y debe hacer este discernimiento ético en privado y hacerlo ver en público. Por cierto este planteamiento del deber ético del académico también se aplica dentro del aula, especialmente si está ante jóvenes en formación que tienen un relación asimétrica con su profesor (Hortal en Cortina y Conill 68). Ahora bien, tras la crítica que hemos hecho a lo pretenciosa que pueda ser la vocación objetiva, universal y neutral de la ciencia, bien podemos decir que no hay verdad. Y si así es, ¿en qué podría consistir la especificidad y valor del aporte público de los intelectuales?

### **3. La verdad del intelectual no vale más que la opinión vulgar, luego no hay nada nuevo que aportar**

El intelectual debe saber buscar, descubrir y decir su verdad. Sin embargo, si toda verdad es relativa, ¿tiene algo que aportar el intelectual, distinto a las “verdades” de partidos, gremios, empresas, gobiernos, militares o iglesias? Hay razones para fundar

el relativismo. Mencionemos algunas. La razón epistemológica, como lo recordaba Arendt a propósito de Kant, nos dice que no podemos captar enteramente la realidad, pues la experiencia del mundo nos llega a través de categorías humanas (Arendt, *Responsabilidad y juicio*, 37). Toda verdad científica es provisoria, luego débil. Relativismo moral, pues en una sociedad pluralista no hay valores éticos y estéticos que sean superiores a otros. Más aún si se trata de comparar culturas distintas. Es la crítica multiculturalista a la ciencia y filosofía occidental. Hay relativismo sociológico que afirma que nuestros conceptos, lógicas y razonamientos están profundamente influenciados por nuestras culturas, partiendo por el lenguaje. Otros van más allá aún y señalan que tras la pretensión de objetividad hay “un elemento de coacción” que impone un occidente blanco y patriarcal a otras culturas. ¿Por qué la biología ha de hacer primar una masculina competencia sobre una femenina cooperación? No hay hechos, pues sus interpretaciones son siempre múltiples, infinitas. ¿Qué pasó en 1492: un descubrimiento o un ocultamiento, un encuentro o un etnocidio? Los hechos pueden ser distorsionados u ocultados (Arendt, *Entre el pasado y el futuro*, 14). Finalmente, es evidente que los temas que investigamos, la forma como lo hacemos y comunicamos están hondamente influenciados por oscuros poderes militares, políticos y económicos. En suma, si toda verdad es relativa, ¿qué verdad podrá decirle el intelectual al poder? Ninguna que tenga más valor que la de un ciudadano.

Todo lo dicho en el párrafo anterior tiene verdades enteras, medias verdades, cuartos de verdades y falsedades completas y totales. Partamos por el relativismo ético. Es cierto que cada cultura y época han tenido distintos sistemas de creencias. Sin embargo, eso no significa que no haya principios éticos fundamentales. Por lo pronto, no matar al otro por el simple hecho que piensa distinto a mí. No es poca cosa. De hecho, los relativistas no podrían afirmar lo que afirman en tiempos de ira teológica o ideológica, en la que el fanatismo mataba a los que se salían del credo oficial. ¿Si la tolerancia no es un valor? ¿Por qué habría de respetarse al otro? Por el contrario, ante el dogmatismo el intelectual tiene el deber de combatirlo (Said, 108). El trabajo académico de hoy supone un libre, pacífico e igualitario intercambio de ideas. Creemos que así se alcanzan certezas científicas y las concepciones filosóficas del bien. Lo afirmamos porque creemos que la libertad, la igualdad y la paz son superiores a la tiranía, la jerarquía y la violencia. O, en términos negativos, si realmente creemos que la verdad no es otra cosa que lo que pasa por verdad y si lo que pasa por la verdad es simplemente reflejo de sistemas de poder, entonces los poderosos siempre tienen la razón. La desobediencia civil sería moralmente imposible (Arendt, *Crisis de la república*, 65). Una sociedad de mentirosos profesionales no llega muy lejos. De hecho, la mentira solo resulta beneficiosa cuando el otro, siendo sincero, queda bajo el dominio del mentiroso, quien ha ocultado lo que sabe y desnudado a su vecino. Por el contrario, lo que valoramos es la sinceridad, es decir, la disposición

a decir que lo que pensamos es verdadero sin ánimo de engañar (Lynch, 190). En suma, no existe ni existirá una sociedad en que dé lo mismo mentir que decir la verdad, traicionar que ser leales, tolerar que aniquilar, oprimir que respetar. Como dijo Adorno, “no cabe la vida justa en una vida falsa” (Said, 77).

El intelectual puede y debe afirmar ciertas concepciones del bien en el espacio público. Para ello recurrirá a la autoridad de la razón, bien fundada, lógicamente demostrada y, ojalá, ejemplarmente vivida. Por otro lado, por muy provisorias que sean las verdades científicas, ello no significa que no existan. Hay verdades de hecho, pues podemos discutir mucho sobre quién fue culpable de la Primera Guerra Mundial, pero es un hecho que Alemania invadió Bélgica (Arendt, *Entre el pasado y el futuro*, 251). ¿Si no existen hechos irrefutables, debemos creer que es igualmente verdadero afirmar que los campos de concentración existieron como que no existieron? Es una verdad de hecho, a pesar de lo aporreada que está la física de Newton, que si se lanza de un octavo piso, nada bueno le ocurrirá a su cuerpo. A través del método científico, fundado en observación rigurosa de los hechos y la lógica, podemos discernir las proposiciones verdaderas de las falsas, las verosímiles de las inverosímiles a partir de la garantía racional de que disfrutan a partir de los datos disponibles” (Sokal 413). Así hemos aumentado la esperanza de vida en decenas de años, elevado edificios de más de cien pisos o enviado el hombre a la luna. No es poca cosa lo que está en juego cuando negamos toda validez al aporte de las ciencias.

### III. REFLEXIONES FINALES

El mundo tiene por delante enormes desafíos civilizatorios. La pérdida de la biodiversidad, el calentamiento global y la carencia de agua nada menos que amenazan la vida humana. La pobreza escandalosa de cientos y cientos de millones de personas y las desigualdades en aumento al interior y entre los pueblos constituyen atentados ciertos a la justicia social y a la paz mundial, amenazando la seguridad global. Los efectos no previstos y perversos de la ciencia y tecnología desafían la misma dignidad de la persona, incluidas la libertad, igualdad y fraternidad que deben caracterizar a la humanidad.

Estos desafíos dependen de hechos científicos indispensables de precisar. ¿Hay o no hay calentamiento global? ¿Las economías socialistas combaten mejor las desigualdades que las capitalistas? ¿Los transgénicos tienen efectos perversos para la vida o solo la potencian? Aquí el científico tiene una palabra decisiva que aportar y no solo en un oscuro artículo publicado en una revista especializada. Debe salir a comunicar su verdad a la comunidad y, eventualmente, a persuadir a los gobernantes del riesgo que se corre o la oportunidad que se tiene.

Hay valores éticos que son indispensables debatir y resolver para superar los desafíos que hemos indicado. ¿El desarrollo de la humanidad tiene un valor ético superior al resto o parte de los seres vivos? ¿La libertad económica debe imponerse a la igualdad social? ¿La libertad científica no debe ser limitada por la fiscalización pública? Luego, no es cierto que las ideologías han muerto ni que estemos condenados a un choque de culturas. El pluralismo que no queremos que se transforme en relativismo explosivo nos llama a un diálogo y encuentro entre diversas religiones y culturas, éticas y morales, principios y fines, que nos orienten en la dirección del ideal. He aquí el indispensable aporte público de los intelectuales guías.

La humanidad debe ponerse de acuerdo en dónde está ubicada y hacia dónde quiere ir. Pero también ha de debatir los caminos a recorrer. No bastan los diagnósticos afinados ni los ideales históricos concretos a alcanzar. Se requiere además un riguroso estudio de los medios con que se cuentan y su idoneidad para alcanzar los fines trazados. El estudio de experiencias anteriores o el análisis comparado de otras sociedades que han tenido los mismos desafíos nos pueden ayudar a encontrar los caminos que acerquen la realidad con el ideal. Aquí surge la importancia de los intelectuales expertos, los tecnócratas especializados y los políticos avezados.

Se trata de debates inescapables en torno a diagnósticos empíricos, fines éticos y caminos políticos a recorrer. ¿Es razonable sostener que los intelectuales nada tienen que aportar? ¿Si pueden, no es un deber hacerlo, más allá de legítimas comodidades y apremiantes necesidades que nos impone el laboratorio o la biblioteca? Hay quienes, finalmente, podrían afirmar que aceptando todo lo dicho no ingresarán a la esfera pública. Aducirán, con razón, que los políticos no tienen la capacidad ni el tiempo de discutir en serio, con tiempo, los desafíos de largo plazo. Viven ocupados en mil menesteres cotidianos. Por otro lado, los intelectuales no tienen la capacidad, siendo tan minoritarios en número y tan torpes en política, que incidirán poco y nada en las leyes que se promulgan y los decretos que se dictan. Sin embargo, la política nunca dejará de tocar la puerta de las oficinas de los académicos. Dejo fuera el justo temor que todo intelectual de nota debe sentir respecto de la acción de todo tirano que quiere controlar toda fuente de poder, el militar, el político, el económico y el ideológico. No es necesario dar ejemplos. Agreguemos que no deja de ser un poco molesto que los mismos que reclaman tranquilidad, libertad y financiamiento de por vida para educar e investigar no estén disponibles para proteger o promover el régimen político que hace posible tan excelente forma de vida. No es una actitud ni justa ni sabia. En democracia el problema se presenta más sutilmente, pero no menos decisivamente. La politización –partidismo en las universidades, especialmente las estatales- se explica porque ellas requieren de marcos regulatorios,

financiamiento y políticas públicas que, a lo menos, no las perjudiquen. Más aún, las universidades no son solo objeto de políticas públicas, sino que también sujetos de ellas. ¿Por qué? Porque los gobiernos necesitan de saber sistemático y riguroso para administrar el Estado. Además, toda fuerza política teme al pensamiento crítico presente en las universidades o, en términos positivos, ansía el status y privilegio que otorga el saber superior. Irónicamente, si el intelectual no ingresa a la esfera pública puede bien encontrarse con que la política golpeará la puerta de su oficina.

## REFERENCIAS

- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (1995). *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós
- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona, España: Península.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (1998). *Crisis de la república*. Madrid: Taurus.
- Arendt, H. (2007). *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*. Madrid: Encuentro
- Arendt, H. (2007). *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós.
- Bobbio, N. (1986) *Fanatismo*, En Bobbio, N. y Matteucci, N. *Diccionario de Política*. México D.F. Siglo Veintiuno Editores.
- Bobbio, N. (1996). *Estado, gobierno y sociedad*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. (1998). *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós.
- Bourricaud, F. (1990). *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Coser, L. (1968). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, J. (1996) *Norberto Bobbio. El filósofo y la política*. México. D.F.
- Giddens, A. (1995). *Política y sociología en Max Weber*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hortal, A. (2000) *Docencia*. En: Cortina, A. y Conill, J. *Diez palabras claves en Ética de las profesiones*. Navarra: Editorial Verbo Divino
- Lynch, M. (2005) *La importancia de la verdad para una cultura pública decente*. Barcelona: Paidós.
- MacIntyre, A. (1994) *Historia de la Ética*. Paidós: Barcelona.
- Micco, S. (2014). *La política sin los intelectuales. De la deserción al reencuentro*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Said, E. (2007). *Representaciones de un intelectual*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Sokal, A. (2008) *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*. Barcelona: Paidós.
- Weber, M. (1996). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.